



Educación en PANDEMIA

Guía de
supervivencia
para docentes
y familias

Mariana
Maggio

PAIDÓS

MARIANA MAGGIO

Educación en pandemia

**Guía de supervivencia
para docentes y familias**

PAIDÓS EDUCACIÓN

PRIMERA PARTE
EL AÑO QUE EDUCAMOS EN PELIGRO

El 30 de enero de 2020, cuando habían pasado algo más de dos meses desde el episodio en el mercado de Wuhan en el que parece haberse empezado a propagar el Covid-19, una amiga investigadora mexicana me envió un saludo por WhatsApp recomendándome que compara barbijos y alcohol en gel. Así lo hice, pero no comprendí que en ese gesto estaban empezando a cambiar nuestras vidas.

El 11 de marzo la Organización Mundial de la Salud anunció que la nueva enfermedad originada por el Covid-19 podía ser caracterizada como una pandemia y el 20 de marzo se decretó el aislamiento social preventivo y obligatorio en Argentina, donde vivo, y se hizo realidad una de mis peores pesadillas como docente: se cerraron los edificios de las instituciones educativas.

¿Dónde poner el cuerpo si las escuelas, los institutos y las universidades están cerrados? No estamos preparados para una educación que no suceda en el marco de los edificios ¿Podemos inventarla de la noche a la mañana? ¿Quién podrá ayudarnos?

Recibo cientos de mensajes de WhatsApp al día sobre el tema de los barbijos y el alcohol en gel. ¿Cómo vamos a educar/nos si estamos tratando de decidir cómo vivir encerrados en nuestras casas mientras nos atraviesa el miedo? Prendo la televisión y lloro con las imágenes de fosas comunes para personas fallecidas Covid-19 en Nueva York. ¿Volveré ver a mis familiares y amigos que viven en otros países? Internet vuelve a cortarse. ¿Cómo voy a construir el vínculo con estudiantes a los que no solo no veré en persona, sino que probablemente estén tan consternados como yo? No se sabe cuánto podría demorar el desarrollo de vacunas. Meses, años. ¿Años? Se cancela el congreso en Tenerife al que realmente deseaba ir. ¿Por qué no compré una computadora nueva cuando lo pensé? ¿Cuánto va a durar esto?

Mi recuerdo de esas imágenes de marzo y abril se asemeja a los de las veces que me subí a una montaña rusa. Emociones casi violentas, pero sin poder salir de nuestros escasos metros cuadrados. Somos docentes, queremos educar. Pero nadie sabe bien cómo. Desde las políticas y las instituciones educativas se empiezan a generar algunas orientaciones y la enseñanza remota, en emergencia, a distancia, virtual, o como decida llamarse, se convierte en tema de opinión y debate públicos. Los medios dedican tiempo y espacio a la educación como pocas veces se ha visto. ¿Qué podemos hacer con los chicos en casa? ¿Cuántas horas pueden estar frente a las pantallas? ¿Será esta una generación perdida? Las y los docentes, ¿están preparados para este mundo? ¿Es el fin de la escuela? ¿Por qué las escuelas están cerradas y los supermercados abiertos? ¿No es acaso tan importante educarse como comer?

La educación en el centro de la escena. En realidad, en el centro de la escena estaban la pandemia, las políticas sanitarias, la triste cadencia diaria de los informes sobre enfermos y

muertos, y la urgencia de que aparecieran los tratamientos y las vacunas que pusieran fin a esta pesadilla que aún seguimos esperando que termine mientras escribo estos párrafos. El daño de la economía, la pérdida del empleo, el aumento de la pobreza y la profundización de la violencia hacia las mujeres y la infancia en los hogares son algunas de las expresiones centrales de la pandemia en 2020. La educación también subió a este triste podio. Empezó a resultar evidente en los primeros meses de aislamiento que la vida de todos quienes tienen hijos está organizada en torno de una escuela concebida como entorno físico. Sus horarios ordenan las vidas familiares y, especialmente, las de las madres, y sostienen las condiciones para que puedan trabajar. Lo sabíamos, pero nunca lo habíamos comprendido tan profundamente como el día en que las escuelas cerraron sus edificios. ¿Cómo ir a trabajar o teletrabajar si nuestros hijos están todo el día en casa?

En el silencio repentino de las calles la ausencia más evidente fue la de las y los estudiantes. Tal vez porque con sus guardapolvos, voces alzadas, mochilas rodantes y tendencia a agruparse son siempre tan notorios como lo son los edificios escolares que resuenan cuando están abiertos y, cuando están cerrados, son la mejor expresión del tiempo detenido, ya sea por el descanso de las vacaciones o por el suspenso amorfo de la vida en pandemia. En la conmoción dolorosa de la sociedad global, el cierre de los edificios escolares vino a recordarnos que la organización de nuestras vidas está profundamente vinculada con un modo de hacer la educación concebido en la modernidad y solidario de otras organizaciones, tales como la del trabajo. No parece, entonces, que este sea el fin de la escuela. Al contrario; el cierre de las escuelas físicas pareció ser, en ciertas discusiones, el fin del mundo.

Pero hete aquí que, tal como lo definieron las políticas educativas en Argentina, “seguimos educando”. Las escuelas, los institutos y las universidades demostraron ser más que sus edificios físicos. La educación es un derecho a prueba de virus, expresado en un compromiso político y social que va más allá de las circunstancias.

A partir de abril se vivieron meses de inusitado frenetismo. Desde las políticas educativas de la región¹ se generaron orientaciones reglamentarias, instancias formativas para las y los trabajadores de la educación y propuestas diversas para apoyarlos a ellos, a las instituciones y a las familias como sostén de propuestas educativas en los hogares. Se actualizaron los portales educativos, se pusieron a disposición plataformas de colaboración y campus virtuales, se publicaron a toda velocidad materiales impresos y digitales y se reciclaron o produjeron programas para radio y televisión de contenido educativo para ser emitidos en franjas horarias ampliadas en los medios públicos. En las instituciones educativas se vivieron días de intenso trabajo remoto tratando de definir nuevos encuadres y formas de encuentro, bajo la presión de las familias que, como nunca, sintieron que podían opinar sobre las propuestas pedagógicas ahora que, finalmente, las podían analizar en su totalidad, aun cuando se tratara de ensayos preliminares para salir adelante en circunstancias jamás imaginadas. Las y los docentes descubrían, en su mayoría, las bondades de las tecnologías a las que tantas veces se habían negado mientras trataban de construir

1. Unesco ha documentado las respuestas educativas de los diferentes países de la región aquí: <es.unesco.org/fieldoffice/santiago/covid-19-education-alc/respuestas>.

propuestas bien intencionadas pero formuladas casi a ciegas. No conocían cabalmente las condiciones de acceso a dispositivos y conectividad de sus estudiantes porque nunca, en el sentido estricto que ahora se planteaba, se había dependido de ellas para educar.

La realidad se impuso con toda su fuerza. En la misma sociedad de la información que había generado las condiciones para una pandemia las y los estudiantes, incluso en sectores no tan vulnerables, no contaban con los medios que se necesitan para estudiar a distancia. Faltaban camas en las salas de terapia intensiva y conectividad de calidad y computadoras en los hogares de estudiantes, pero también de docentes. Tuvo que haber una pandemia para que advirtiéramos lo obvio: no hay educación justa en una sociedad digital si docentes y estudiantes no están incluidos tecnológicamente. No solo en el espacio y el tiempo parciales de los edificios escolares cuando están abiertos. En términos generales, en sus hogares y en cada momento de sus vidas. Cuando preparamos la clase o cuando estamos en clase; cuando nos especializamos o cuando hacemos la tarea; cuando diseñamos las evaluaciones o cuando las resolvemos, cualquiera de estas actividades requiere acceso digital para estar entramada en los modos en los que se conoce contemporáneamente; para dar cuenta del saber construido, pero para crear al mismo tiempo otro nuevo y original, y para salir de la lógica individual y encontrarse con la fuerza de los tejidos en red, tanto si uno es docente como si es estudiante. Porque somos sujetos de un mundo que ya no es lo que era. No alcanza con la carpeta de planificación y la mochila con cuadernos y lápices de colores para comprender la compleja realidad en la que nos toca vivir y educar. No alcanzaba tampoco antes de la pandemia, pero por razones tan difusas como diversas estábamos demorando ese reconocimiento. La

primera lección de la pandemia en la educación es simple de enunciar, aunque no necesariamente de ejecutar –¿o sí?–: para educar/nos en la contemporaneidad necesitamos estar digitalmente incluidos. Pero no todos lo estamos. No solo necesitamos vacunas.

Los sistemas educativos empezaron a funcionar aun con los principales actores en sus hogares. Las clases comenzaron y lo hicieron para la mayoría. El dolor que nos produce la minoría –compuesta por millones de chicos– no encuentra palabras adecuadas para expresarse. Son esas y esos estudiantes a los que eventualmente se llegó mediante algunas de las propuestas formuladas desde las políticas y de modo intermitente con los esfuerzos denodados de instituciones y docentes y otras organizaciones locales. Estudiantes alejados que vivían en parajes de difícil acceso o cercanos, en las zonas más pobres que bordean las grandes ciudades, pero desconectados de diversas formas. Ni la fuerza –que parece imbatible– de los teléfonos celulares alcanzó para sostenerlos en el sistema porque no hay datos que alcancen cuando se trata de continuar la vida educativa en hogares numerosos con un aparato a disposición del que además dependen las actividades económicas de la familia. A los analistas espontáneos de la calidad de las propuestas educativas desarrolladas en el que será uno de los peores años de nuestra historia vale la pena recordarles que este es el verdadero problema. No parece haber urgencia educativa más importante que alcanzar a estos estudiantes con propuestas intensificadas que les permitan tener esas experiencias que no tuvieron y aprender lo que no aprendieron.

Para la mayoría de los estudiantes que sí fueron alcanzados por las propuestas educativas la experiencia no fue homogénea. Nunca lo es. Nuestros sistemas son complejos y tienen circuitos

diferenciados. Los sectores vulnerables no reciben mejores propuestas que busquen balancear las diferencias sociales, tampoco en pandemia, y necesitamos de modo urgente políticas que cambien este estado de cosas. Pero todas las experiencias vividas muestran el esfuerzo que hicieron directivos y docentes junto a las familias para que el sistema educativo siguiera funcionando. Los estudios, en general cuantitativos, que circulan a diario demuestran que la mayor parte de las y los docentes aprendieron a usar las plataformas tecnológicas, mantuvieron el contacto con los estudiantes, formularon propuestas, desarrollaron materiales, hicieron encuentros en vivo, enviaron actividades y evaluaciones, y las corrigieron. Es decir, educaron, aun cuando haya editoriales en algunos medios de comunicación diciendo livianamente que los chicos no tuvieron clases durante un año. ¿Esto es la escuela? Esto fue la escuela en 2020. ¿Esto es vida? Elijo creer que sí, seguir respirando y continuar educando.

En el trayecto aprendimos mucho más que a usar plataformas tecnológicas para enseñar y aprender. Comprendimos el profundo sentido social que sigue teniendo la escuela como institución; valoramos el esfuerzo docente durante la pandemia y, también, el que habían hecho antes; descubrimos que habíamos perdido la costumbre de convivir con nuestros hijos las veinticuatro horas los siete días de la semana; nos preocupamos por las pantallas pero agradecemos tenerlas, y nos convertimos en personas distintas a la vez que intentábamos convencer a nuestros hijos de que el mundo no se iba a terminar y de que por eso era importante que siguieran educándose, es decir, entrando a la clase por videoconferencia.

En enero de 2021 hay vacunas aprobadas o en desarrollo y se espera que se apliquen masivamente durante el año sin que necesariamente eso signifique el final de la pandemia. Con los

edificios escolares ya abiertos total o parcialmente en ciertos países y con docentes y estudiantes asistiendo a ellos en su totalidad o por grupos, de modo regular, acotado o intermitente, se instala la idea de que volveremos a una (nueva) normalidad. Circula la fantasía de que las instituciones educativas abren y acá no pasó nada. Den vuelta la página.

Si hay algo que me sostuvo en más de treinta años de docencia es que creo profunda y políticamente en la educación pública. Amo y abrazo la enseñanza con pasión. Pero también sabía desde hacía tiempo que la educación tenía que ser reinventada porque el mundo ya había cambiado. La inclusión plena de los ciudadanos en una sociedad de una complejidad casi indescribible no puede ser la mera transmisión de la tradición y la reproducción del statu quo. No era la idea más comfortable. Pero ¿queda alguien en la sala dispuesto a negar que ahora sí hay que reinventar la educación y la escuela? Pudimos sostener ya casi un ciclo lectivo de modo remoto y cuando eso no fue posible se debió fundamentalmente a deudas de inclusión digital, no a incapacidades institucionales o docentes. Bien al contrario, las y los docentes abrazamos las tecnologías cuando vimos que de eso dependía el derecho a la educación. Nos venía tomando tiempo, es cierto, pero la pandemia nos dio un empujón y empezó a despabilarnos. Hay algo en ciernes cuyo destino dependerá de qué hagamos de acá en más.

Los temas y las escenas que presento a continuación tuvieron lugar en las conversaciones y en los debates públicos de 2020. Planteo preguntas que me hicieron y que me hago. Son emergentes de un año en el que educamos en peligro, pero en el que también aprendimos como jamás lo habríamos creído posible. Allá vamos.